

## EL MESTIZAJE. - LAS CASTAS. -

La población de la Nueva España se dividían en razas y castas.

Constituían razas los españoles, los indios, los chinos y los naturales de las Filipinas que comenzaron a llegar en gran número con las naos por el puerto de Acapulco.

Del cruzamiento o mestizaje de estas razas resultaron los mestizos; pero, en el lenguaje corriente, por la palabra mestizo se designaba solamente al nacido de padre español y madre india, o viceversa. La palabra casta pasó entonces a significar el resultado de los diversos cruzamientos entre las razas citadas. Estos cruzamientos dieron origen a multitud de castas que tuvieron sus nombres propios, tanto en los registros oficiales como en el lenguaje popular. Estas castas a su vez se mezclaban y se subdividían por medio de repetidos cruzamientos.

CRIOLOS Y MESTIZOS.- Los hijos de español y española nacidos en la colonia se llamaban criollos, y no podían considerarse propiamente como casta.

Si bien es cierto que las leyes no establecían distinción entre los españoles nacidos en Europa y los criollos, la había establecido la costumbre. Los criollos eran, por lo general, de ingenio vivo, afectos al lujo y a la ostentación, llegando a derrochar con facilidad su patrimonio, por lo cual eran mal vistos por los españoles europeos. No se creían inferiores a los europeos por el solo hecho de haber nacido aquí, pero, para el desempeño de los cargos públicos, se daba preferencia a los españoles y por ese motivo reinaba gran descontento entre los criollos. A lo más eran dueños de haciendas de mediana importancia, o bien eran comerciantes en pequeño, o abogados, clérigos y frailes.

El hijo de español e india, como ya se ha dicho, se llamaba mestizo.

El atavismo de la raza, o sea la tendencia a reproducir los tipos originales, no se manifestaba nunca entre los mestizos reproduciendo los caracteres puros de la raza india. Si el principio de herencia se manifestaba algo, era siempre siguiendo la línea española, cuyos detalles de construcción se fijan de una manera más persistente en la descendencia, influyendo el cruzamiento tan solo en la modificación de ciertos detalles, hasta llegar a formar la raza de los mexicanos modernos.

Los mestizos, como descendientes de los españoles, hubieran debido tener los mismos derechos que ellos, pero se confundían en la clase general de casta, cuyos individuos no podían tener empleos, aunque las leyes no lo impedían. En un principio no --

fueron admitidos a las órdenes sagradas; pero, durante el siglo XVII los criollos y los mestizos ya no estuvieron incapacitados, ni se les miraba como indignos de recibir dichas órdenes y de ocupar lugares distinguidos en la jerarquía eclesiástica, pues algunos llegaron hasta el obispado, siendo el primero el Doctor D. Alonso Cuevas y Dávalos, arzobispo de México en 1664. Muchos fueron honrados por sus conocimientos científicos, habiendo sido punto de partida para dar aliento a los criollos y a los mestizos, haciéndoles comprender que no eran una raza inferior, la canonización de San Felipe de Jesús y la beatificación de Bartolomé Gutiérrez.

Los criollos se homogeneizaban enteramente con los mestizos, como ya pudo notarse en la conspiración del Marqués del Valle.

Los mestizos aumentaron considerablemente y llegaron a ser temidos por los españoles más que los indios; pero, en la época colonial, como parias, no tenían el derecho de ser españoles ni de ser indios, y eran mal vistos por ambos: El español veía en él el probable caudillo de la raza vencida, y era para el indio el partidario nato de los españoles, es decir, cada uno veía en él no a una parte de su sangre, sino al representante de la parte contraria. Así es como los mestizos se volvieron astutos y comprendieron que solamente a fuerza de astucia podrían abrirse paso en aquella sociedad compuesta de razas antagónicas por naturaleza.

La profunda división entre los hijos de la Nueva España y los españoles era cada día más patente, y ambos se tenían gran desconfianza y mal disimulada antipatía.

PRINCIPALES CASTAS.- Además de los mestizos de los que se acaba de hablar, había el castizo, hijo de mestizo y española; del matrimonio de castizo con española, nacía el español; el español con negra engendraba el mulato, y el mulato con española, el morisco.

El que tenía caracteres de negro y era nacido de familia blanca, se llamaba salta o torna atrás, porque generalmente se creía que este fenómeno de atavismo se producía a la tercera o cuarta generación de una abuela negra con un blanco.

Existían, además, el chino, hijo de salta atrás con india; chino y mulata daban nacimiento al lobo; lobo y mulata engendrabán el gíbaro; coyote era el hijo de mestizo con india, etc.

Los criollos y los mestizos fueron aumentando rápidamente, mientras los indios fueron disminuyendo en gran manera, tanto que ya desde el siglo XVI los religiosos que presenciaron aquella catástrofe, se lamentaban de ella en sus escritos. Tal dis-

minución no se debe precisamente a las luchas sostenidas, pues las pérdidas se hubieran reparado con rapidez, sino más bien:

1o. A los reapartimientos que sólo fueron suprimidos en 1720. Por ellos se reducía la raza vencida a una esclavitud verdadera, que cambiaba hasta los hábitos de su existencia.

Encomenderos había que sometían a los indios a rudos trabajos, que los abrumaban a fuerza de malos tratamientos, sin preocuparse de su alimentación, salud y vida, de modo que perecían a millares en las minas y en las labores de los campos. La cautividad restringía, por un efecto fisiológico, la reproducción: en su desesperación los indios no querían tener hijos para que no corriesen la misma suerte, llegando hasta el infanticidio.

2o. Los vicios, sobre todo la embriaguez. Los religiosos Motolinía y Mendieta ponderan la sobriedad de los indios, y el segundo dice que la embriaguez se hizo común entre los naturales del país con la introducción del aguardiente y del vino, produciéndose así la debilidad y enfermedades en la raza indígena.

3o. Las epidemias que se cebaron en la raza indígena con espantosa energía durante el siglo XVI, habiendo sido una de las más notables la de las viruelas traída por un negro de P. Narváez. Sólo los indios fueron víctimas de esas horribles enfermedades, explicándose tal fenómeno por el hecho de que eran nuevas enfermedades nuevas para los naturales y sus organismos no estaban adaptados para resistirlas: era un germen que se injertaba en organismos nuevos, en los que alcanzaba completo desarrollo.

4o. El envío de colonias de indígenas de unos lugares a otros del territorio, en los que tenían que sufrir a consecuencia del clima, al que no estaban acostumbrados.

Si los indios disminuían, la raza española, por el contrario aumentaba constantemente con la inmigración, y los hombres de castas se multiplicaban también rápidamente por la preferencia que daban las indias a los españoles y descendientes de éstos.

Los españoles entraban por todas partes como conquistadores y se sentían, sobre todo en tiempos de Carlos V y de Felipe II, vencedores: de aquí, en la Colonia, su carácter orgulloso, altivo y despótico, su desdén para el trabajo personal, su profundo desprecio de las otras razas y la conciencia de su alta superioridad.

El indio, vencido y maltratado, teniendo que temerle todo de los conquistadores, se volvió más melancólico, taciturno y sombrío, reservado en el secreto, desconfiado y profundamente supersticioso.

En cuanto a los negros, unos permanecían esclavos y otros

habían huído a las montañas: soportaban con menos paciencia el yugo, y eran más audaces para buscar su libertad y venganza.

Los negros habían sido traídos sobre todo para el trabajo de las minas, el servicio doméstico y la agricultura de la zona tórrida. Víctimas de la esclavitud y de todas las consecuencias de ella, se conservaban hipócritas, rencorosos y dispuestos siempre a la sublevación.

Los mestizos, es decir las castas, llegaban a cerca de millón y medio; constituían una clase de la que salían artesanos, tropa de ejército, mineros y criados de confianza en el campo y para el servicio doméstico en las poblaciones.

#### EDUCACION Y COSTUMBRES.

Como se ha dicho, los españoles se distinguían por su carácter orgullosos, altivo y despótico. Era esto fruto de la educación que recibían, educación que les hacía mirar como humillante el trabajo personal. Ellos sólo se dedicaban a los estudios, siguiendo la abogacía o la carrera sacerdotal, o, por lo menos, tal era la idea de sus padres. Imbuídos en su idea de superioridad, confirmada por la ley que decía que el testimonio de un blanco valía como el de cinco indios, miraban con profundo desprecio a las otras razas, porque sólo ellos podían obtener los buenos empleos y llevar armas, y ellos solos disfrutaban de todos los derechos políticos.

FIESTAS Y DIVERSIONES.— Las fiestas religiosas eran solemnes y continuas. Tenían por motivo ya la canonización de un santo, ya la dedicación de un templo; ya el nombramiento de un obispo, etc., festejándose con lidias de toros, mascaradas y comedias a las que concurrían el virrey, el arzobispo, los principales dignatarios eclesiásticos, etc.

Las mascaradas eran diversión favorita en la Colonia, y en ellas representaban generalmente las comparsas algún episodio mitológico o histórico o sencillamente simbolizaban las virtudes o los vicios, o bien caracterizaban personajes del Antiguo Testamento, o dioses de antiguas religiones. En casi todas esas mascaradas llevaban carros alegóricos.

Fue también costumbre entre los estudiantes de la Universidad, sacar un carro alegórico la noche del día en que se había terminado el curso escolar, o en el que el rector o algún catedrático había recibido su nombramiento.

Las mascaradas eran, según el modo de expresarse de aquellos tiempos, a lo serio o a lo faceto, según los personajes, el asunto o el vestido de los que salían.

Las comedias casi nunca faltaban en las solemnidades civiles o religiosas. Estaba tan desarrollado el gusto por las representaciones teatrales, que con comedias se celebraban los exámenes y los nombramientos de catedráticos, y la recepción de borlas de algunos doctores.

Las peleas de gallos eran otra de las diversiones a que fueron muy aficionados los españoles y los mestizos. Las fuertes sumas que en ellas apostaban eran causa de ruina de no pocas familias, tanto que el arzobispo Aguiar y Seijas ocurrió a un arbitrio que, por serle personalmente gravoso, prueba los graves males que veía en aquellas apuestas. Como no se podían lidiar gallos sin el permiso de la autoridad, y este permiso se contraía mediante cierta cantidad con un particular, y éste, a su vez, vendía los permisos para el juego a otras personas, el arzobispo Seijas remató en la cantidad de \$ 1600 anuales el asiento de gallos, y no dio licencia para ninguna pelea, por lo cual fue felicitado por el mismo rey.

Los indios no fueron amantes de dichas peleas, pero sí lo fueron de los fuegos artificiales, de los castillos de fuego y cohetes, que formaron el encanto de la raza indígena, tanto que la pirotécnica llegó a ser una de las artes más productivas y con más empeño practicada por los indios.

La llegada de los virreyes era, además de las fiestas religiosas, una de las solemnidades más notables en la colonia. Anunciaban su desembarco, salían a su encuentro y el nuevo favorito hacía su entrada a caballo, aunque fuera arzobispo. Entraba por la calle de Santo Domingo (Ave. Brasil). En la plaza que está frente al templo del citado santo se colocaba un arco cerrado y allí el Corregidor de México recibía del virrey el juramento de guardar fidelidad al monarca. Seguían después hasta Ampedradillo (Nac. Monte de Piedad); allí se apeaba y escuchaba una loa; iba enseguida a catedral en cuya puerta esperaba el arzobispo, y acto continuo se cantaba el Te Deum.

Era también muy solemne la entrada de un nuevo arzobispo.

RICOS Y POBRES.— La sociedad de la Nueva España estaba perfectamente caracterizada con los ricos opulentos y pródigos que fundaban hospitales, edificaban suntuosos templos, derramaban el dinero en obras de beneficencia y se entregaban al mismo tiempo a todos los placeres, explicándose el hecho por el sentimiento religioso de la época, poderosísimo por la costumbre y la herencia, a lo cual se aunaba el deseo del placer que tenía por aliciente grandes riquezas y una completa libertad.

La ciudad de México era, sin duda, una de las más opulentas

del mundo. Las tradiciones refieren que los hombres acaudalados hacían poner un sendero de barras de plata desde su habitación hasta la parroquia cercana, o, al menos, desde el zaguán hasta su alcoba, para que sobre él pasasen los que concurrían al bautizo del rico señor.

Las familias ricas usaban para el servicio de mesa vajilla de plata, y los muebles de ese metal eran comunes, aunque, por lo que a vajilla se refiere, hay que recordar que la de porcelana y cristal resultaba más cara.

Si era grande la riqueza de las clases altas, era también muy grande la miseria del pueblo, principalmente la de los indios, produciéndose así un desequilibrio terrible, porque realmente no existía esa clase media que sirve de indispensable compensador entre el orgullo de las clases altas y la osadía de los inferiores.

La miseria y la falta de ilustración causaban la desmoralización y la corrupción de las clases pobres de la colonia, y, como consecuencia natural, los crímenes.

Para tener una idea de cuál sería en el fondo el carácter de la sociedad de la colonia, basta recordar que había autos de fe suntuosos, frecuentes ejecuciones de justicia, lides de toros y gallos, bajo la influencia de un gobierno que poco se ocupaba de la moralidad del pueblo y mucho de la persecución y castigo de los criminales, con la profunda e irritante división de castas y de clases sociales, con el orgullo de los ricos que todo creían poderlo alcanzar con dinero, y el despecho de los pobres que nada esperaban.

Las costumbres de la ciudad de México eran imitadas naturalmente por las otras ciudades, sobre todo a la entrada de un Gobernador de provincia o de un Corregidor, o de un Obispo o de un cura párroco.

VICIOS Y VIRTUDES.— Tantas fiestas y solemnidades, las grandes riquezas de las clases altas y las prodigalidades de las casas acaudaladas, con una servidumbre numerosa y poco trabajadora, las pocas necesidades del pueblo que vivía bajo un clima benigno sin exigencia de mucho abrigo en el vestido ni de fuego para templar el rigor del invierno y que a poca costa podía adquirir los alimentos necesarios, favorecían la pereza, e influían poderosamente en el modo de ser de la sociedad.

Comenzaba el descanso el sábado en la tarde; seguía el domingo y, muchas veces, el lunes se descansaba de los paseos, bailes y diversiones de la víspera.

Como virtudes en esa época, dos descuellan sobre todas, la -